

Este periódico se publicará el Miércoles y Viernes de cada semana. La venta de los números sueltos se hace en la Botica de D. Mariano Reynoso donde se admite suscripciones.



La suscripción vale un peso al mes se recibe en la misma imprenta. Se admite remitidos q' correspondan al espíritu del periódico ó sean en contestación de sus artículos.

EL PABELLON NACIONAL.

[UN REAL. AREQUIPA VIERNES 27 DE AGOSTO DE 1847. NUM. 39]

EL PABELLON.

MENSAGE del Presidente al Congreso.

§ III.

A continuación se ocupa el mensaje en referirnos la parte histórica que ha suscitado las actuales desavenencias con Bolivia y culpando como es justo los proyectos perdidos y las constantes aspiraciones de Ballivian, hace presente los empeños decorosos por parte de nuestro Gobierno para irle a la mano al Presi-

MORIBUNDUM

EL PASO DE LAS VIUDAS.

CAP. III.

Chabouillant, que estaba al corriente de los usos y costumbres de aquel lugar, no tuvo necesidad de que un individuo colocado en la antesala y llamado el hombre de los sombreros, le invitase a que le entregara el suyo.

Pero Chevillard no lo permitió como si fuese un acto de política: así fué necesario que su introductor le explicase que lo que tomaba por cortesía era desconfianza. En efecto, la costumbre de cambiar a la puerta el sombrero por un billete, tenía por objeto hacer mas difícil la evasión de algun audaz ladrón que tratase, como se ha visto a menudo, de salir del salon, llevándose el dinero de la banca o de los jugadores. Esta precaucion debía además ayudar a la persecucion y al arresto del ladrón si se decidia a salir con la cabeza desnuda, despues de engañar la vijilancia de los empleados.

Al entrar en el santuario, lo que primero llamó la atención de Chevillard fué el religioso silencio que reinaba en la asamblea nu-

dente de Bolivia empeñado en agraviarnos y en buscar títulos especiosos para legitimar sus ilegales pretensiones tocante al derecho perfecto que quiere arrogarse sobre el puerto de Arica. Esta parte, si bien un poco difusa, está tocada con verdad y decencia y termina manifestando la aceptación q', cediendo a su insaciable propósito de restablecer la paz en cuanto sea conciliable con el honor y el deber, ha hecho S. E. de las proposiciones últimamente dirigidas por el Gobierno Boliviano para abrir nuevas negociaciones que, espera el mensaje, conducirán este arduo y difícil negocio á una terminación amistosa y pacífica. En este punto, sin poderlo evitar, ya que S. E. como se dice vulgarmente, no tiene pelos en la lengua para sacar a luz lo mas complicado y oculto, hai que extrañar no nos haya descubierto sus

merosa, sin embargo, a que acababa de tener acceso. Unicamente, se oia por intervalo la voz monótona del banquero pronunciando las palabras sacramentales: *¡Haced el juego, señores! ¡el juego está hecho! nada mas va!* Es decir, las apuestas están sobre la mesa ó irrevocablemente comprometidas. En seguida, al cabo de algunos instantes, la misma voz volvía a decir proclamando la sentencia de la suerte: *25, negro, un par y pasa; o bien 12, encarnado, par y falta*, según el número el color y la combinación que salían.

La mesa estaba cubierta de un tapete verde, al rededor del cual, de pié ó sentados estaban los jugadores o puntos, unos manifestando una sangre fría real ó aparente, otros dando un libre curso a todas sus emociones; muchos trataban de contar con el azar, y marcaban con curiosidad sus fluctuaciones picando con un alfiler cartas que les daba la administración; otros se ocupaban en operaciones de álgebra que daban darles el conocimiento del número que iba a salir: otros tomaban notas en apoyo de una marcha infalible que iban a descubrir; otros en fin, manifestaban extrañas supersticiones, por ejemplo, la de taparse los oídos para no oír la voz del banquero.

Despues de haber dejado algun tiempo a Chevillard que prestase atención a lo que le rodeaba, y haberle explicado el juego, Chabouillant le dijo:

—¡Y bien! ¡Tentaremos nosotros a la diosa ciega?

—¡Para qué? preguntó Chevillard.

—Esta es una manera como otra cualquiera de consultar la estrella de uno; y puede

designios tocante a la proyectada negociación, ni tranquilizado nuestro espíritu acerca de los rumores que circulan asegurando que el Gobierno por evitar una ruptura, piensa hacer concesiones de entidad al de Bolivia. Habríamos deseado sin duda oír de boca del Jefe de la administración palabras que acallasen estos degradantes susurros y que, correspondiendo a nuestras ansias, descubriesen el vigor y el patriotismo que debe albergar el pecho de nuestro primer mandatario. Al propio tiempo habria sido de desear que S. E. se hubiera dignado manifestarnos las medidas preliminares que es regular haya adoptado para franquear el paso a las negociaciones de paz y llegar a un avenimiento amistoso, pues, sin esta antelada precaucion, no imaginamos como pueden transarse unas desavenencias que traen su

señarse de esto una consecuencia sobre muchas cosas de la vida.

—Yo sé acerca de esto todo lo que puede saberse, no tengo suerte en nada.

—Siempre es bueno probar, contestó Chevillard, porque lo que hai aquí de bueno es que de un golpe puede embellecerse la existencia de un hombre; no que yo tengo esa pretension, exijo únicamente que la señora banca me haga el gusto de pagar nuestra comida.

Y en un solo número, lo que técnicamente se llama un llano, colocó un napoleón. El número salió y le produjo 35 veces su apuesta.

Habiendo entonces repetido las apuestas que todas le salieron bien, el comisionista dijo a Chevillard:

—Ya veis, amigo, que no se arruina uno tanto como se dice en este noble juego.

Chevillard en su interior habia hecho la misma observacion.

—Vamos, poned dos francos.

Chevillard no se atrevió a negarse a poner esta corta cantidad.

La respuesta del oráculo fué muy favorable. Sin saber lo que habia hecho, Chevillard habia colocado su dinero en dos números, lo que se llamaba un caballo; y esta apuesta le produjo 17 veces su importe. Dado el primer paso y animado por el buen éxito, continuó jugando, y para no fatigar al lector, solo diremos que al cabo de un cuarto de hora tanto él como Chabouillant habrian ganado unos 300 francos cada uno.

—¡Caramba! dijo entonces el comisionista mirando al reloj, siento que el honor y el de-

origen de mui atrás y se fundan principalmente en los abusos introducidos por los Bolivianos y tolerados con menoscabo de nuestros intereses y con mengua de nuestra estimación, por los gobiernos que como las sombras de Macbeth, se han sucedido en el Perú. Queremos hablar principalmente de la introducción y aceptación entre nosotros de la moneda feble boliviana, de este latrocinio público autorizado por el Gobierno de una Nación que así pretende llamarse y que aspira a figurar entre los pueblos libres; de ese criminal abuso que nuestros inexpertos Jefes han cohonestado con su apatía y con su silencio, sin hacerse cargo qué de su continuación deben resultar infaliblemente formidables y ruinosas consecuencias para nuestra patria que, sin poderlo dudar, se verá sumergida tarde o temprano en una espantosa bancarrota de un género q' jamás se ha presentado en ninguna nación, (porque en ninguna ha habido gobernantes mas indolentes e incapaces que los del desgraciado Perú) y de aquellas que, por mas que se piense, no se sabe como reparar de un modo que no comprometa los vinculos mas estrechos de la sociabilidad y no eche por tierra las indispensables leyes que rigen el incremento de la riqueza y la ventura de los pueblos. A poco que se medite con algun detenimiento, se convencerá cualquiera que no habiendo la proporcion conveniente o por mejor decir precisa, entre el *valor intrínseco* y el *valor en cambio* o permutable de la moneda, debe variar indefectiblemente la conexión que existe entre la industria y el comercio, tanto internos como

ber me llamen. Esto no empezaba mal; ¿pero queréis hacer una vaca?

—¿Cómo una vaca?

—Si, hacer un fondo comun de nuestras ganancias. Así continuaréis cortejando la fortuna y me daréis cuenta de la suerté que haya hecho la sociedad.

—¡Oh! no: me voi con vos, contestó el tenedor, de libros asustándose a la idea de quedar solo.

—¿Qué tontería! Dejar el juego cuando la suerte es propicia... vamos, un apretón de mano y hasta la vista.

A decir verdad el nuevo iniciado experimentaba ya el encanto de la ganancia realizada y Chabouillant no tuvo mucho que hacer para convencerle. Los dos amigos se separaron, y Chevillard, en lugar de permanecer en pié se sentó para *apuntar*, en un sitio que acababa de quedar vacante.

Con mas comodidad, poco tardó el tenedor de libros en ponerse al corriente de todas las jugadas. Empezó, pues, a formarse un plan y a esponer su dinero con mas circunspección; pero este sistema no tuvo buen resultado, habiendo perdido muchas apuestas seguidas. En esto, pasando de jugador a supersticioso, Chevillard hizo una observacion mui rara; pero que no hubiera aparecido indiferente ni aun a los jugadores mas experimentados.

Colocado de pié, en frente de él y sin jugar, un hombre de un aspecto bastante vulgar parecía que le miraba con atención. Ahora bien, cada vez que el desconocido le miraba al ir a comprometer su dinero, Chevillard creía que el azar le era favorable, y al contrario, si el desconocido dirigía la vista a otra parte.

El tenedor de libros creyendo haber descubierto un medio seguro de ganar, empezó a esponer sumas mas fuertes y al cabo de hora y media habia realizado Chevillard una suma de 6000 francos.

Viéndose dueño de esta cantidad, Chevillard la cambió en oro, la separó en dos partes y salió alegremente del salon.

Al llegar a la antesala habia sido precedido por el personaje a quien atribuía una influencia en su estrella, que se le acercó y le dijo:

—Si yo fuera vuestro compañero, no os

esternos, y desequilibrarse las relaciones que mantiene la propiedad y existen entre todos los mercados del universo ¡Qué cuadro tan espantoso se presenta a la vista del que discurre! Adulterada la moneda existente y admitida sin tasa su introducción en nuestro mercado, por las reglas de economía su cantidad tiene que ser excesiva, tanto por la que nuestra tolerancia recibe de Bolivia cuanto por la que interna por via de contrabando la avidez de los especuladores estraños, resultando que pierde el Perú por la mala calidad de ella y pierde por el excesivo acopio que resulta de su ninguna extracción para el extranjero; acopio que en virtud de la lei comun, deprime su valor convencional y hace bajar su precio de mercado. De suerte que a la larga habrá por necesidad de establecerse y aparecer la diferencia que media entre la moneda feble y el oro y las pastas que son los reguladores del valor intrínseco de la moneda; haciéndose patente aquel dia la enormidad de la plaga encubierta que no se ha sabido evitar con tiempo y que amenaza devorar a nuestra patria. Cuáles sean los medios de salir de esta estrechez y de reparar con las menores pérdidas posibles el daño inferido con la introducción y aceptación legal de la moneda feble de Bolivia, es cuestion que por ahora no nos es lícito deslindar y que esperamos resolverán los preconizados talentos de los que se llaman financistas y de aquellos que acostumbrados a vencer tropiezos de todo género y a superar las mayores dificultades, hacen alarde de triunfar con la ayuda de los

perdonaria sin duda en mi vida.

Admirado del cumplimiento Chevillard le miró.

—Si, Sr., no os perdonaria, porque es increíble que pudiendo hacer una fortuna os retiréis.

—Pero si ya he ganado una cantidad mui lucida, contestó Chevillard, y todo el mundo sabe no se debe tentar mucho la suerte.

—Vamos, cuando el azar se decide por una persona como por vos, no debe retirarse hasta haber desbancado dos o tres veces.

—¿Jugáis a menudo? preguntó Chevillard.

—Algunas veces, pero observo mas aun, y si lo habiérais hecho como yo, hubiérais visto que vuestra partida ha aliviado de un gran peso a los banqueros.

—Vamos, puesto que me lo aconsejáis, voi a tentar de nuevo la fortuna, y volviendo el sombrero al portero, entró de nuevo en el salon de juego.

—Si me atreviese a aconsejaros, añadió el desconocido, os diría que hiciérais apuestas mas fuertes; la suerte es cosa que se acaba por simisma y es menester aprovecharla.

—Tal vez tenéis razon, dijo Chevillard; ¿pero os seria indiferente colocaros en frente de mí?

De buena gana; respondió el oficioso desconocido y se colocó al otro lado de la mesa enfrente de Chevillard, que empezó por poner diez piezas de oro a un solo número.

Esta apuesta de 200 francos multiplicada por 35 le dió una ganancia de 7,000 francos, y la audacia se aumentó en el tímido jóven que dos horas ántes esponía con emocion dos francos, a proporcion del buen éxito de sus jugadas. Así las fué subiendo de manera que pronto causó sensacion, especialmente en un sitio frecuentado jeneralmente por jugadores bastante pobres. La misma banca se inquietó y envió refuerzo de for.dos. El interés de este duelo acabó por suspender las demas hostilidades.

Viéndose así el objeto de la atención jeneral, embriagado con el oro que se amontonaba delante de él, y animado por las miradas de su misterioso protector, Chevillard llevó el atrevimiento en el juego al último extremo, hasta que la fortuna empezó a abandonarle.

El caso era llegado de retirarse; pero

mismos obstáculos. Nosotros en nuestra humilde esfera nos contentaremos con señalar este escollo a la perspicacia de los futuros negociadores, inculcando, sí, en que no es dable entablar negociaciones encaminadas a buena terminacion, como lo espera el Mensaje, sin arreglar de antemano este asunto que por parte de los Bolivia nos infiere los mayores daños y amenaza sumergirnos en un abismo de irreparables males. Es pues indispensable, y debió indicarlo el Mensaje, que se arregle definitiva y sólidamente este asunto de la moneda ántes de entrar en las negociaciones que nos anuncia y que sin este paso previo, lo repetimos, son imposibles.

En seguida pasa el Mensaje a referir los recelos que inspiró al Gobierno la tentativa del Ex—Presidente del Ecuador D. Juan José Flores, y la disposición de los Gobiernos Sud—Americanos concertados, para repeler su supuesta agresion. Creemos que esta parte del Mensaje pudo y debió omitirse casi en su totalidad, indicando rápidamente y de paso esta tentativa cuyos verdaderos motivos aun no son bien conocidos y que la exposicion que desde Bayona dirige el General Flores a sus compatriotas, hace aparecer sin aquellos visos de odiosidad con que se empeñó en cubrirla el pánico terror que se difundió en aquel entónces por todas las Repúblicas del continente Sud—Americano. Ademas un proyecto que no llegó a verificarse y que se desvaneció para siempre en el mismo punto donde tuvo su origen, sin haber dado lugar mas que a las alarmas infundadas de nuestros Gobiernos, como

como el tenedor de libros, en razon a lo crecido de sus apuestas, habia perdido una parte considerable de sus ganancias, aumentó aquellas. Su caída fué aun mas rápida que lo habia sido su fortuna. En ménos de media hora no solo las ganancias del imprudente jóven habian vuelto a la banca sino que habia perdido hasta el dinero propio con que habia entablado la partida.

—¡Arruinado! exclamó entónces con grosería uno de los testigos de la catástrofe.

—¿Lo creéis así? contestó Chevillard; y dirijiéndole una mirada desdeñosa sacó del bolsillo una cartera, y de esta uno de los tres billetes de mil francos que habia cobrado algunas horas ántes, y entregándoselo al banquero cerca del cual estaba sentado, le dijo en tono imperioso.

—Oro por ese billete.

—¿Aun tiene billetes? dijeron entre sí las jentes de la galería, para quienes iba a empezar de nuevo el interés de la lucha.

El banquero entregó al tenedor de libros 40 monedas de a 20 francos, y en plata la otra despues de cobrarse el premio del cambio.

Distribuyendo esta suma en cuatro partes, Chevillard se puso de nuevo a jugar.

El primer golpe fue feliz y hubiéra podido reintegrar la suma de que acababa de echar mano y retirarse con alguna ganancia; pero hecho jugador con todas las consecuencias de la palabra, tomó este favor de la suerte por una vuelta definitiva de su fortuna, y esponiendo de una vez la cantidad que tenia delante, como *maroa*, dijo, siguiendo la fórmula consagrada.

La banca se lo llevó todo.

Sin dar la menor señal de emocion y como hombre decidido a no volver, abrió de nuevo la cartera y entregó al banquero los dos billetes para que los cambiase.

Ochenta y nueve monedas de oro le entregaron, que no hicieron sino pasar por sus manos.

Cuando no tenia ya delante mas que cinco luises esperando gastar la mala suerte que le agobiaba, contemporizando con ella, hizo cambiarlos en plata y empezó a apuntar a napoleon, hasta que acabó por perderlos todos ménos uno.

Continuaré